

# **Cultura, Pensamiento, Escritura**

por

Jean Bottéro y Otros.

# 1

## La escritura y la formación de la inteligencia en la antigua Mesopotamia. <sup>1</sup>

*Jean Bottéro\**

A partir de los exhaustivos estudios de J. Goody,<sup>2</sup> que retoman con éxito El pensamiento salvaje de Claude Lévi-Strauss y, sobre todo, corrigen su perspectiva, empezamos a darnos cuenta de las diferencias fundamentales que separan no sólo el discurso escrito del oral, no sólo al individuo capaz de materializar su pensamiento del analfabeto, sino también —campo totalmente nuevo para el historiador y el antropólogo—, las culturas de tradición escrita de aquellas consagradas a la oralidad. No obstante, y por lo que sé, aún no hemos pensado en evaluar, en un mismo y único sistema cultural, las transformaciones consecutivas a su pasaje a la escritura. Con todo, de nada serviría el relevamiento de los cambios —progresos o retrocesos— realizados colectivamente o experimentados por los partidarios de algunos de estos sistemas, a partir del momento en que les resultó posible fijar, difundir y perpetuar así su pensamiento, hasta entonces huidizo y efímero en su expresión. Semejante empresa sería incluso más sugestiva si tuviera por objeto, no ya una de esas culturas, a simple vista desposeídas y estancadas, a las que llamamos menores sin querer en modo alguno desvalorizarlas, ni pretender tampoco que sean rudimentarias, sino una cultura "en superlativo": una gran civilización refinada, generosa, creativa y en evolución constante hasta la magnificencia. Hace ya tanto tiempo que esos sistemas recibieron el bautismo de la escritura que no nos resulta posible comprender cómo accedieron a ella y, menos aún, descubrir su estado anterior, que escapa a la historia, precisamente porque escapa a la escritura.

---

\* Jean Bottéro, autor de *Mésopotamie - L'écriture, la raison et les dieux*, París, Gallimard, 1987, y de *Quand les dieux faisaient l'homme*, París, Gallimard, 1989.

Sin embargo, aunque no sea posible llevar a cabo este programa —ambición irracional por la razón que acabo de señalar— deseáramos al menos bosquejarlo en la antigua civilización mesopotámica, que responde perfectamente a esos criterios de riqueza, de creatividad, de grandeza, de progresos ininterrumpidos y de propagación, y en la que, por añadidura, nos vemos cada vez más forzados a reconocer la fuente discernible más antigua de nuestro propio sistema de representaciones y valores.<sup>3</sup>

### **Las cosas, las palabras y los sonidos**

Poco antes del 3000 se descubren en la Mesopotamia los primeros indicios inequívocos de una escritura a la que damos el nombre de "cuneiforme" por la estilización ulterior y tradicional de sus caracteres en forma de "cuñas" y de "clavos"<sup>4</sup> y que ha conservado, desarrollado y utilizado universalmente en el curso de los tres milenios de su interminable historia: hasta la fecha hemos exhumado, como mínimo, alrededor de medio millón de documentos. Ahora bien, desde el punto de vista que aquí nos ocupa, esa región mesopotámica ofrece una ventaja considerable y quizás única: es casi seguro que no recibió esta escritura de afuera tal cual es, sino que la descubrió y la creó por sí misma. Dicho en otros términos, "inventó" tal vez la escritura, en todo caso la suya, y por sus propios medios se elevó de la oralidad pura a la tradición escrita.<sup>5</sup>

Evidentemente no ha sido posible discernir nada demasiado preciso de su situación anterior, a no ser por tímidas conjeturas o por el testimonio de indicios extraídos del fárrago arqueológico, exuberante por cierto, pero poco locuaz, ambiguo e incierto en el ámbito intelectual al que ahora nos limitamos. Con todo, estamos en condiciones no sólo de sacar a la luz, en esa región y a partir de esa época, algunas innovaciones notables que se fueron incorporando poco a poco antes de difundirse ampliamente, sino además de comprobar hasta qué punto el descubrimiento fundamental —que permitió a esos pueblos extirpar, por así decirlo, el pensamiento de la mente o de materializarlo, fijarlo y proyectarlo en el espacio y en el tiempo— influyó en ellos y los inclinó a una visión particular del mundo: a una manera de comprenderlo, reflexionar y razonar; a una "lógica"; a todo un conjunto de representaciones e incluso de instituciones características de su propio

sistema cultural, algunas de las cuales pasaron, junto con él, a formar parte de nuestro patrimonio más antiguo.

Antes de iniciar esta investigación y con el fin de hacerla accesible a todos, sería conveniente sintetizar lo que sabemos acerca de los orígenes y de las principales etapas de la escritura en la Mesopotamia y, en primer lugar, lo que hay que conocer de su originalidad y su mecanismo, tan distante de nuestro brillante sistema alfabético.

















En el transcurso de los siglos anteriores a su eclosión en la parte meridional del territorio que corresponde al Irak contemporáneo, se destacan una o dos series de producciones que han tenido importancia manifiesta en su prehistoria. Por un lado, trazados ó pintados a los costados de los vasos, o grabados en los: timbres y cilindros de piedra que entonces utilizaban como sellos, hay croquis que esos artistas tomaban de su medio: personajes, animales, plantas, utensilios y temas varios, cuya silueta es más o menos reproducida e incluso estilizada.<sup>6</sup> Por otro lado, una suerte de pequeñas fichas, de piedra o; de arcilla de diferentes formas, marcadas a veces con trazos elementales y que sin duda debemos suponer preparadas para facilitar enumeraciones y cálculos globales<sup>7</sup>. Unos y otras son auténticas expresiones gráficas, puesto que transmiten y fijan mensajes; pero no podrían constituir una verdadera escritura si por ella se entiende un sistema de signos aptos para codificar y fijar todos, los mensajes, todo lo que pasa por la mente.

La región estaba entonces ocupada por distintas etnias en simbiosis, con predominio, por una parte, de los semitas (a quienes convencionalmente llamamos "acadios"), procedentes de las franjas septentrionales del gran desierto sirioárabe, que hablaban una lengua emparentada con toda una familia ampliamente atestiguada incluso en nuestros días; y por la otra, los sumerios, cuyo idioma era por completo diferente y que habrían llegado del Este, o más probablemente del Sudeste.<sup>8</sup> En un principio, se encontraban más o menos separados: los sumerios en el sur del país, y los semitas más al norte; luego cada vez más entremezclados y poniendo en común su capital cultural, los sumerios demostraron muy pronto ser los más activos, los más innovadores, antes de ser fagocitados en el curso del III milenio por sus vecinos, étnicamente más vigorosos, y desaparecer para siempre, sin dejar tras de sí nada aparte de su recuerdo, cada vez más impreciso, su impronta cultural indeleble y su idioma, utilizado hasta el final, junto con el acadio corriente, como lengua religiosa, literaria o erudita, algo así como lo que ocurrió entre nosotros con el latín hasta el Renacimiento. Entre otras

innovaciones e "invenciones" múltiples —gracias a las cuales se organizó en el país desde fines del IV milenio una civilización superior en el sentido más amplio de la palabra, refinada y fastuosa, quizá la primera en el mundo que merezca este título de nobleza— tenemos buenas razones para atribuir a esos sumerios la invención de la escritura.






Para hacer su descubrimiento, quizá les fue suficiente extremar los procedimientos de los artistas y contadores y extraer de esos métodos, mediante una chispa de ingenio y recurriendo complementariamente a diferentes figuraciones convencionales, una colección ampliada de dibujos y figuras esquemáticas con un diseño lo bastante uniformado para que se los pueda identificar de entrada, virtualmente capaces, por su cantidad y su distribución, de transmitir, fijándolos, todos los mensajes: el contenido íntegro del pensamiento, pero prime, en apariencia, sólo en el orden económico cuya complejidad y extensión requirieron, al parecer, como auxiliar formal, la instrumentación de un sistema memorizador.

De hecho, al examinar minuciosamente los cientos de placas de arcilla —el "papel" tradicional en esa tierra de limo y grada— de alrededor del 3200, que probablemente representen los documentos escritos más antiguos y que, casi en su totalidad., son inscripciones cifradas de movimientos de bienes, observamos más de un millar de caracteres diferentes, repetidos en casi todas partes, según un diseño prácticamente igual, y entre los cuales algunos revelan todavía, directa o indirectamente, el objeto o la ficha cuyos contornos reproducen:

la cabeza humana (); la mano (); el pie (); el triángulo pubiano femenino (); la cabeza de vaca (); el pájaro (); el pez (); los semicírculos superpuestos del grupo de montañas (); la estrella (); las riberas del curso de agua (); la gavilla atada y doblada de las cañas, lista para formar la pared de una construcción (); la espiga, sola () o plantada en una acequia (); uno u otro vaso () , etcétera, más un porcentaje bastante elevado cuyo diseño ya no nos sugiere gran cosa  o <sup>10</sup> por ejemplo.

Es evidente que estos caracteres por sí solos no habrían bastado para lo que de ellos se esperaba, porque hubiera sido necesario multiplicar su cantidad (uno para el toro, uno para el buey, uno para la vaca, uno para el ternero y así sucesivamente, pero ¿dónde detenerse?), lo que hubiera constituido temible embrollo, prácticamente inutilizable. Muy pronto, todo; ellos pasaron a ser, no tanto el indicio de un objeto determinado —aquel al

que representaban primero— cuanto una especie de clave que agrupa una suma variable de realidades objetivamente afines o convencionalmente reunidas en torno de ese objeto original. En efecto, el "pie" remitía a todas las actividades o actitudes en las que estaba implicado: "postura de pie", "puerto" "espiga" y "traslado local", puerto y "transporte"; la espiga no indicaba sólo un "cereal" determinado, sino todos "los cereales", también todo aquello que les concernía de manera directa e incluso el trabajo de su producción; la "estrella" evocaba "todo lo que está en lo alto", "superior", "sublime", incluso el "cielo" y también los "seres divinos", que se suponía dominaban el mundo.

Para enriquecer y especificar significaciones tan elementales y vagas, se tomó de los artistas otro de sus procedimientos tradicionales: la composición de pequeños cuadros cuyos dibujos yuxtapuestos eran más representativos por su asociación. La "doble espiga plantada en la acequia" (véase más arriba), por el hecho de indicar las dos juntas y referirse de ese modo a todo el trabajo del campesino, y en particular del jardinero, es un buen ejemplo de lo dicho. Al completar el carácter del "arado" con el de la "madera" ( ) se indicaba esta herramienta de labranza, cuyo material también se señalaba; pero si iba acompañada del signo del "hombre" () , se dirigía la atención a su usuario: el "campesino". Y, en ese gran valle, cuyas alturas, al norte y al este, limitaban los territorios de los extranjeros y enemigos hereditarios, combinar el signo de la "mujer" con el de la "montaña" ( ) , significaba evocar a la "sirvienta": la esclava de sexo femenino traída como botín de guerra desde su país ultramontano.

Esta es la condición primera, éste es el estado nativo de la escritura cuneiforme, en el momento de su aparición, unos dos siglos antes del 3000. La denominamos "pictográfica" por referencia al origen y al diseño de sus caracteres; e "ideográfica" para destacar su procedimiento semántico radical: por agrupamiento de una constelación de sentidos en torno de una representación central. Al menos en el orden lógico, el primer estado debe considerarse como el estadio primitivo, sin que nos sea posible conjeturar, en el orden cronológico, después de qué intervalo, si es que lo hubo, habría sobrevenido el segundo.

Claro está que en este caso no se trataba ni más ni menos que de una escritura de cosas: los significados directos de estos caracteres no eran las palabras de una lengua, sino en primer término y de manera inmediata las realidades expresadas por esas palabras. Por eso, todo lector, cualquiera que fuese su propio idioma, podía advertir de entrada su significación, del

mismo modo que un inglés, un italiano, un ruso o un japonés entienden muy bien, cada uno por su lado, que no se debe fumar allí donde se ha colocado un anuncio con un cigarrillo cruzado por una línea roja. En cambio, múltiples matices fundamentales en el lenguaje hablado, el único que refleja con exactitud los meandros de nuestro pensamiento y de nuestra manera de percibir las cosas, eran irrepresentables —empezando por las relaciones que establecemos entre los seres o los movimientos que les vemos realizar— y escapaban a esta ideografía. Una docena, por los menos, de presentaciones diferentes, cuando no contradictorias, pueden ser sugeridas por la secuencia natural de los signos del "pie", del "curso de agua", del "pez" y del "hombre": sólo un testigo de los hechos que esos signos mencionan estaba en condiciones —gracias a los puntos de referencia así registrados— de "leer" su mensaje, rememorando. Por ejemplo, que a raíz de un "traslado" suyo, a tal "río", en efecto, había recibido personalmente de un "individuo" determinado, un "pez" de tal especie o en tal estado. Dicho en otros términos, en su condición nativa, la escritura ideográfico de la Mesopotamia, totalmente inmersa en lo concreto representable o evocable y cuyos significados no eran sino realidades descarnadas, era aún incapaz de desempeñar otro papel que el de ayuda memoria: capaz de recordar lo conocido, pero prácticamente incapaz para enseñar lo nuevo. Por eso, al no haber llegado nunca a nuestros oídos, y con razón, nos vemos en la imposibilidad de adivinar en las inscripciones de las tablillas más antiguas el secreto de las cuestiones que en ellas se registraban: en su primer estado, la escritura cuneiforme es para nosotros indescifrable.

Para avanzar en la precisión y la capacidad de decir todo antes que limitarse a rememorar; dicho en otros términos, para saltar de la mnemotécnica a la escritura, había que ajustar los signos escritos a la lengua hablada, articularlos, no ya de manera inmediata a las cosas, sino a las palabras que los designaban en el lenguaje corriente. Facilitado quizá por el hecho de que en el idioma de sus inventores, es decir, en sumerio (al igual que en chino y, en parte, en inglés moderno, por ejemplo), muchos vocablos fueron, al parecer, monosilábicos (lu para el "hombre"; mi para la "mujer"; an para "lo alto", "el cielo"; gub para la "postura de pie", etc.), este paso fue franqueado bastante pronto: como máximo, uno o dos siglos después de la aparición de los primeros documentos escritos, cuando se cayó en la cuenta —nuevo rasgo de ingenio— de que al dibujar un signo no sólo se evocaba la realidad que ese signo representaba, sino también la palabra con la cual se la denominaba. La silueta de un felino doméstico (𐎗) me trae también a la memoria el complejo silábico que lo designa en francés: cha(t). A partir del momento en que he tomado conciencia de este

desdoblamiento puedo, por tanto, dibujando el signo (𐎗), remitir, no ya a este animal, sino a este compuesto fonético de una sibilante y una vocal semipalatal:  $\text{ʃ}a$ . Podré entonces recurrir al croquis en cuestión cada vez que, para expresar las articulaciones de lengua, intervenga este mismo fonema. Esta es, en definitiva, la regla del juego de nuestros jeroglíficos: chat+pot por "chapeau"; chat + riz + thé por "charité"; rat + chat por "rachat", etc., Mi dibujo, hasta entonces ideográfico, realista y concreto, ha adquirido un valor fonético, de algún modo descarnado y más universal. Así podía razonar un escriba sumerio frente al signo de la "espiga", que él pronunciaba  $\text{ʃ}e$ , frente al del cielo: an o al de la "cabeza": sag, etc.

A partir de ese momento fue posible imprimir a la escritura una transformación y un progreso sustanciales, simplificándola al máximo y colocándola, a la vez, en condiciones de transcribir todo, para informar al lector todo lo que el escritor tiene la intención de comunicarle en su lengua. Bastaba elegir, primero, entre el montón de signos, aquellos —cien como máximo— que podían presentar la gama de los valores silábicos propios de la lengua en cuestión: a; ba; ab; bab; gab, etc., para constituir con ellos un "silabario" que la reprodujera íntegramente por escrito, dividiendo en sílabas todas las palabras que tuvieran varias sílabas y, en particular, aquellas cuyo contenido no era fácil de representar: e-ze-en para ezen: "fiesta"; a-da-min para adamin: "disputa", etc. Esta selección calculada no sólo habría eliminado la multitud de signos no elegidos, sino que habría suprimido todos esos valores verdaderamente ideográficos, ya caducos, que, debido a su cantidad, sus combinaciones y su carácter concreto, hacían tan pesado el sistema.

Es significativo que quienes practicaban la escritura, después del descubrimiento de la capacidad fonética de los signos, cuya lista debían reducir paulatinamente hasta el medio millar, hayan preferido más bien proceder menos por eliminación que por acumulación. Sin duda, lo hicieron porque consideraban que los valores fonéticos recientemente adquiridos eran secundarios, meros complementos, accesorios de la ideografía original que, a juicio de ellos, era el único procedimiento esencial y eficiente de escritura. En adelante, refiriéndose siempre primero, como antes, a toda una constelación de significados, cada signo se relacionó también, subsidiariamente, con los conjuntos fonéticos y monosilábicos que designaban esas cosas en la lengua hablada: el sumerio. La elección del registro, ideográfico o fonético, dependía en última instancia de la fantasía del que escribía, mientras que el contexto orientaba al lector.



Digamos, desde ya, que con el tiempo el fonetismo pudo más que la ideografía. Tanto es así que su uso demostró muy pronto —sin duda desde antes del 2700— ser indispensable al menos para transcribir términos y nombres propios no sumerios, empezando por el de los semitas locales y su lengua. A diferencia del sumerio, lengua "aislante", comparable al chino, cuyas palabras, invariables cualquiera que fuese su función en la oración, podían representarse mediante un ideograma siempre idéntico, los vocablos semíticos, principalmente los sustantivos y verbos, eran declinables y conjugables y cambiaban de forma de acuerdo con sus funciones sintácticas. Era necesario, pues, para evitar toda confusión, especificar esa forma por acuñación fonética. Contra DINGIR sumerio, que designaba uniformemente a un "ser divino" en cualquier función gramatical —especificándose esta última por medio de prefijos o afijos yuxtapuestos, cuando no por el contexto—, y que por consiguiente se podía anotar siempre con el mismo y único signo de la "estrella", ¿cómo prescindir del recurso al fonetismo si se quería subrayar, en acadio, que el "dios" en cuestión cumplía la función de sujeto (i-lu); de complemento de un sustantivo (i-li); de régimen, completado por un sustantivo (il); de objeto de un verbo (i-la); de plural "distributivo" (i-la-ni), etc.? Todo esto estimulaba el empleo del fonetismo, a medida que se extendía el reinado del acadio, sobre todo a partir del último tercio del III milenio. Se llegó incluso en un momento dado, alrededor del año 1800, en el norte de la región, en Asiria y en el contexto comercial, a utilizar una escritura casi silábica, que no usaba más de un centenar de signos fonéticos, con una cantidad muy reducida de ideogramas. En otros lugares, y más adelante, éstos reaparecen en cantidad, pero la grafía fonética triunfa —salvo en las obras eruditas y rebuscadas, en las que los ideogramas abundan— en una escritura más o menos artificial y convencional. No se trataba de la regresión ni de la desvalorización del fonetismo: los hombres de letras sólo querían, por un lado, hacer ostentación de su saber, aunque tuvieran que "exagerar", conscientes de que después de haberlo adquirido a costa de largos y selectivos estudios, le debían su situación y su prestigio; por otro lado, a los copistas les resultaba más cómodo recurrir a un sistema de notación abreviada y casi algebraica, cuyos ideogramas reemplazaban a las largas hileras de sílabas: bastaban seis caracteres (*SAL 2 SAL.MEŠ Û.TU*) en lugar de quince (*si-in-ni-iš -tu š i-it-ta si-in-ni- š a-a-ti ú-li-id*) para decir que "una mujer trajo al mundo a dos gemelas".

Gracias al descubrimiento del fonetismo, dejando de lado esas fluctuaciones ulteriores, no cabe duda de que la escritura había adquirido, virtualmente, una mayor precisión desde el momento en que en lo sucesivo sería posible

deletrear todas las palabras, recurriendo a la acuñación silábica. Sin embargo, de ese modo la escritura no hacia sino complicarse porque gran parte de sus caracteres de alguna manera habían duplicado sus valores, superponiendo a los ideográficos los fonéticos correspondientes. De ahí la confusión y las vacilaciones frente a las homonimias, ambigüedades y equívocos posibles. Sería entorpecer inútilmente esta exposición pretender, a cualquier precio, introducir aquí el detalle de los procedimientos ideados por los letrados para corregirlo mejor posible incertidumbres y dificultades de un sistema tan exuberante y en el cual todos los caracteres —alrededor de medio millar— eran polivalentes, en el doble ámbito de la ideografía y del fonetismo. No sin titubeos, se logró con bastante rapidez hacer esas correcciones y a partir de la segunda mitad del III milenio encontramos una estructura que sólo sufrirá modificaciones secundarias en el transcurso de los siglos: enmarañada, es cierto, pero muy capaz de consignar unívoca y exactamente todo el discurso hablado, tanto en acadio (y en una inedia docena de otras lenguas dispares en las que, de hecho, se utilizó: elamita, hurrita, etcétera, hasta llegar al hitita indoeuropeo y otras lenguas parecidas) como en sumerio. Al dejar atrás la mnemotécnica primera, pasa a ser realmente una escritura cabal cuya utilización, en la Mesopotamia y en los alrededores, se difundirá cada vez más.

¿Podemos decir que en la región se había pasado a un verdadero régimen de tradición escrita? Las cosas no son tan simples. De hecho —y quizá la complejidad del sistema sólo es una de las razones de ese fenómeno, entre otros condicionamientos, en particular de orden social y económico—, la práctica de la escritura, y conjuntamente de la lectura, que por ese entonces se consideraban indisolubles, se reservó por tradición a una categoría única de profesionales, ampliamente entrenados y capacitados. Todo lo que se escribió o leyó en esas tierras en el curso de su larguísima historia pasó obligatoriamente por ellos: los letrados, los escribas, los copistas, esos "grabadores de tablillas", como se decía en sumerio (DUB.SAR). Escribir y leer era una profesión, igual que la medicina, la agrimensura, la jurisprudencia, la liturgia y las demás técnicas. El hecho de que gente común haya podido adquirir, por casualidad —como en China—, el control de un puñado de los caracteres más usuales y que algunos grandes personajes (¡no todos!) hayan sido iniciados desde su juventud en la escritura, no basta, ni mucho menos, para incluirla en el bagaje cultural, no digo de todos los sujetos sino tampoco de una élite, de una intelligentsia fuera de la corporación de los especialistas (simples escribientes o auténticos letrados). Si se quiere tener una prueba de este "analfabetismo" generalizado, las cartas, en esa región, incluso entre personajes ilustres,

dictadas por el remitente a su secretario, eran siempre dirigidas de manera inmediata, no a su destinatario, sino al letrado que leería su contenido: "Tú (lector), dirás a Fulano (el destinatario): `Zutano (el remitente) te hace saber lo siguiente: ...'".

Por consiguiente, si desde la primera mitad del III milenio la civilización local franqueó el hiato que separaba a la oralidad pura de la tradición escrita, este modo de mutación —la palabra no es demasiado fuerte, como veremos enseguida— sólo interesó a una minoría, mucho más reducida aún que la que existió entre nosotros en los tiempos del analfabetismo. Con reserva de todo lo que sin lugar a dudas depende de la técnica operatoria e "industrial" en manos de otros profesionales que practicaban correctamente la transmisión oral y "manual" del maestro artesano al aprendiz, y teniendo en cuenta que los letrados estuvieron en el centro mismo de los progresos más notables de la cultura local —al menos como nosotros los percibimos—, se nos permitirá en esta observación retrospectiva dar preferencia a la calidad y no a la cantidad. Dejaremos de lado pues, a sabiendas y por fuerza, el elevado porcentaje arraigado en su oralidad, al que sólo consideraremos un soporte, una masa indistinta, apta para transmitir y perpetuar la tradición oral, siempre abundante y fecunda, para alimentar de este modo a los especialistas en escritura, es decir, a los escritores y pensadores. Estos eran, en primer lugar, los verdaderos sostenedores de la cultura en todo cuanto tenía de más sublime y más novedoso, los que, una vez depurada, la retransmitían a la población inculta. La altura y la densidad de una civilización nunca podrían provenir de la multitud, que por lo demás nunca posee el tesoro íntegro, sino de sus cabezas pensantes, de sus líderes, de su élite "intelectual".

A través de estos majores —en la gran cantidad de documentos escritos que ellos nos legaron— tenemos que evaluar el enorme progreso, la transformación radical provocada por el acceso a esta visión, completamente renovada, de las cosas que significó el pasaje de lo oral a lo escrito.

## Escritura y cultura

La escritura revolucionó, en primer término, la comunicación entre los hombres y la calidad de sus mensajes. El discurso oral implica la presencia simultánea, en tiempo y lugar, de la boca que habla y los oídos que escuchan. No está hecho para durar más de lo que dura esta fugaz confrontación; además, no puede ser fácilmente "retenido" (en todos los sentidos de la palabra), por más breve que sea a menudo: apenas si se conserva de él una impresión de conjunto, tal vez con algunas características aisladas, más contundentes, pero de poco peso. Aunque sea minucioso, aunque sea analítico, capta y aprehende más de lo que deja, de conocimiento atomizado, lúcido y fuertemente estructurado, en la mente de sus receptores. El discurso escrito, por su parte, trasciende de entrada el espacio y la duración: una vez fijado, es de por sí íntegramente difundible en cualquier lugar y en cualquier tiempo, allí donde haya un "lector", mucho más allá del círculo, forzosamente estrecho, de los "oyentes". Prescinde de la presencia de quien lo efectúa, y suprime, en su comunicación, la dependencia auditiva del que lo recibe: este último ya no se enfrenta al mensaje puro, como si sólo estuviera dirigido a él. Y recibe este mensaje tal cual es, en su tenor integral, en su orden lógico, con todos sus detalles, cada uno en el lugar que su autor le ha asignado. Puede incluso recibirlo tantas veces como quiera, para penetrar más a fondo en su contenido cada vez que lo relea.

Por otra parte, a diferencia del discurso oral, fluido, hábil, continuo, inasequible como el agua y el tiempo que corren, el mensaje escrito se materializa por haber recibido, a la vez, consistencia y duración. No es una corriente indivisible e inestable, como el río de Heráclito en el que nadie se baña dos veces; ha pasado a ser un objeto, coherente, autónomo y manipulable a voluntad. Como objeto que es, no sólo se lo puede examinar en todas sus partes, sino que es factible desmenuzarlo, analizarlo como cualquier otra muestra. Está al alcance de cualquiera, siempre que lo pueda leer y aislar sus partes: las ideas, los temas, las imágenes, los giros, las frases, las palabras y hasta las partículas de esas palabras, moleculares o atómicas, por poco que uno se detenga en cada una de ellas, fijando su curiosidad, su atención y su reflexión. Cada uno de estos componentes no sólo puede ser separado de los demás, sino también retomado y, remodelado o tal cual es, transpuesto a otros contextos, afectado de significaciones y alcances diferentes y hasta contrarios, mediante la simple alteración de uno u otro de sus elementos.

Y como objeto material en que se ha convertido el mensaje gracias a su escritura, ese texto es, por su naturaleza misma, multiplicable a voluntad mediante la simple reproducción de su tenor escrito y no sólo está virtualmente a disposición de todos, sino que las consideraciones y manipulaciones que cada sujeto introduzca en él son asimismo comunicables a todos, y también acumulables. Cualquiera que sea el lugar, cualquiera que sea el tiempo en que se sitúe, cualquiera que sea el medio al que pertenezca, cada lector puede, a su capricho y mediante esta suerte de destilación que toda lectura atenta constituye, asimilar ese texto tal como es, pero también, según su propia visión de las cosas, puede modificarlo, retornarlo, suprimirle lo que él no admite y, sobre todo, deslizar en él lo que su fantasía o su meditación le hayan sugerido. De esta manera, cada lector puede "ir más lejos", incluso tener "otro punto de vista" de lo que ha leído, puede transformar, desarrollar o abreviar su tenor o su contenido y propagar, por escrito, su propia representación, enriquecida o metamorfoseada y hasta desnaturalizada. El mensaje escrito está así en condiciones de poner en movimiento toda una serie de ondas concéntricas de reflexión, ampliadas y profundizadas sucesivamente.

### **Literatura y ciencia**

El discurso escrito estaba cargado de un tipo totalmente nuevo de actividad intelectual, inimaginable en un sistema oral y basada en la profundización, la meditación del texto, la comparación; el análisis, como también en cierta selección, y en el razonamiento. Los resultados acumulables de esa actitud inducida por esta fuente particular de conocimiento, multiplicados en proporción a la cantidad de mensajes y de textos y a la proliferación de sus lectores, reforzados incluso por su asociación y sus convergencias, suscitaron y desarrollaron una nueva visión de las cosas representadas y reemplazadas por sus signos escritos, una visión no sólo más amplia, sino también y ante todo más aguda, minuciosa, exigente. A las mentalidades reducidas a la oralidad pura les es imposible dejar atrás el cúmulo de las ideas puntuales, eventualmente clasificadas y memorizadas, para acceder a esa amplitud y solidez de las informaciones, a esa meticulosidad, ese rigor del conocimiento, esa necesidad de organización y de lógica que el "saber en superlativo" exige: conocimiento global, controlado, coordinado y

coherente, no detalles yuxtapuestos sino conjuntos fusionados. Ninguna cultura de tradición oral logró jamás, hasta ahora, desarrollar una "ciencia" verdadera: los saberes de alto nivel derivan todos de medios dotados de escritura y capaces, gracias a ella, de construir sistemas de conocimiento amplios, precisos, controlados y sistematizados y, además, extensivos y mejorables mediante una serie de competencias más o menos prolongada.

Lo que es verdadero en el campo del saber propiamente dicho, no lo es menos en el de la "literatura", donde no impera tanto el deseo de comprender las cosas como el de utilizar la experiencia para su propia vida y cumplir con sus deberes frente a los demás, empezando por los poderosos de este mundo o del otro, hasta el deseo de saborear esa especie de placer que se siente con sólo ver que el mundo existe, se pone en movimiento y resplandece con sólo expresarlo. Las letras también suponen una larga secuencia de mensajes, enriquecida por cada generación y diversificada sucesivamente, hecha a un tiempo de invenciones y préstamos, de reflejos y novedades, de creaciones y repeticiones, tanto en lo que se refiere a la lengua y al estilo como a la observación, la fantasía, el entusiasmo, la reflexión y también a la valorización de los hallazgos y de su presentación más sorprendente, más sabrosa, más refinada —aunque con altibajos— según la capacidad y la personalidad de los autores. Sólo en el texto es posible encontrar la incitación a retornarlo o a componerlo mejor o de otro modo, o a componer otra cosa, o a emplear giros idiomáticos, imaginería y música verbal, comparaciones, temas, desarrollos facilitados por la cantidad de documentos, la familiaridad con ellos, su relectura y su meditación. Sólo el sistema escrito puede dar vida a una tradición literaria, a una verdadera "literatura", del mismo modo que es el único capaz de crear una manera "sabia" de ver las cosas, un tipo crítico y exigente de conocimiento universal que domine los detalles, una "ciencia" y una tradición científica.

Estos dos blasones de una civilización superior aparecen, de hecho, en la Mesopotamia, durante la primera mitad del milenio siguiente al nacimiento de la escritura.

Tomemos el conjunto más antiguo de piezas literarias encontrado en la Mesopotamia, que, teniendo en cuenta su fecha tan remota, nos deja pocas posibilidades de llegar a exhumar otro que le haya precedido: me refiero al conocido como textos de *Fâra/Abû-Salâbî h*, alrededor del 2700-2600.<sup>11</sup> Entre las cuatrocientas o quinientas tablillas y restos que lo componen, se encuentran trozos de cantos religiosos, una suerte de himnos, por un lado, y

por el otro "consejos de un padre a su hijo", cuya presentación y género proliferarán más adelante en todo el Cercano Oriente antiguo. Estas piezas parecen haber sido transcritas por primera vez de una tradición oral, más o menos antigua, que en apariencia sólo las conocía en forma embrionaria, apenas mejorada, por lo demás, en su primera redacción. Encontraremos en esa región, a partir del segundo milenio, versiones y presentaciones más recientes, a veces palabra por palabra y en general dispuestas y ampliadas con más arte y "oficio", estilo y elocuencia.<sup>12</sup> Otro tanto hay que decir de otras obras, apenas documentadas en Fâra, que, más de una vez, son casi imposibles de descifrar y entender en su presentación arcaica y, de todos modos, rudimentaria, que derivan tanto de la mitología como de las prácticas del exorcismo.<sup>13</sup> Al asegurar el pasaje de la oralidad a la forma más cabalmente literaria, esos bosquejos inauguran grandes colecciones de obras análogas, más completas, extensas, claras y en algunos casos verbosas, que hemos encontrado en abundancia, provenientes de épocas más recientes y que en este caso entendemos muy bien, completadas rápidamente por los testimonios de nuevos géneros literarios, en progresión constante hasta llegar a esas grandes e inmortales obras maestras del Triunfo de Ninurta,<sup>14</sup> del Supersabio,<sup>15</sup> de la Saga de Gilgamesh,<sup>16</sup> del Poema de la Creación<sup>17</sup> o del de Erra,<sup>18</sup> para no seguir enumerando una cantidad de otras obras, de menor inspiración, pero igualmente asombrosas.

Ni qué decir tiene que en todos estos sectores, al asistir al nacimiento y la maduración de una tradición literaria hecha viable gracias al uso de la escritura, salta a la vista que esta última no sólo dio la posibilidad de mejorar la forma, sino también lo que ella abarcaba: la representación de las cosas y de los acontecimientos, la jerarquía de los valores, el pensamiento, la sensibilidad y hasta la religiosidad. La escritura estimuló con eficacia el progreso, acelerándolo constantemente.

Este fenómeno sorprende más aún en el campo estrictamente "científico", en el que la voluntad de conocer y comprender, de saber y prever, prevalece sobre otros beneficios prácticos y sobre el aliciente de pintar, narrar y conmover, aun cuando a juicio de estas poblaciones de la Antigüedad, el saber por el saber era, evidentemente, una noción impensable, puesto que todo conocimiento, toda profundización de las cosas tenía una finalidad impuesta por el uso, la aplicación y la producción.

En la colección de Fâra figuran algunos documentos que contienen, en su totalidad, signos cuneiformes, es decir, en este sistema mayormente

ideográfico, realidades correspondientes enumeradas de diferente manera, en columnas, pero en cada caso siguiendo un orden determinado, perfectamente perceptible: catálogos de divinidades, listas de profesiones y situaciones, enumeración de animales,<sup>19</sup> etcétera. Ahora bien, algunos tienen paralelos entre los testimonios anteriores más antiguos de la escritura cuneiforme.<sup>20</sup> No es discutible que estas nomenclaturas hayan podido servir entonces para registrar y clasificar con una distribución conveniente los caracteres de la escritura y ayudar así a los profesionales a dominar largas retahílas de su material gráfico. Pero, por un lado, la disposición de estos "signos" y la elección de criterios válidos para su ordenamiento suponen ya todo un trabajo de aproximación, de comparación, de reflexión, y la selección misma de los caracteres ordenados y de sus significaciones traduce una voluntad evidente de clasificación escrita. Así pues, excede los límites de una simple recopilación inmediatamente utilitaria, que supone una intención deliberada de clasificación ordenada de las realidades, y ¿con qué fin, sino para conocerlas mejor, inventariando la mayor cantidad posible, e incluso todas, dentro de un sector dado del medio de los autores y para situarlas mejor en sus relaciones recíprocas? A fin de cuentas, ¿no pretendían ellos, con esto, comprender su propio "medio", es decir el universo a su alcance?

Estos primeros esfuerzos de una reflexión que sobrepasa la inquietud elemental de establecer una clasificación directamente aprovechable, perceptibles ya en los orígenes de la escritura y provocados y facilitados por su uso, es decir, las tablillas de Fára, nos proporcionan tres o cuatro siglos después una etapa más avanzada. Desde entonces, echarán más raíces, se extenderán, se desarrollarán extraordinariamente en el transcurso del tiempo: a más tardar desde fines del III milenio, si creemos en nuestros documentos escritos, aparecen en cantidad creciente obras cada vez más numerosas y variadas con igual propósito y presentación idéntica, nomenclaturas interminables de toda clase de objetos y personas, dispuestas en cada caso siguiendo, a su manera, un orden racional que sitúa a unos en relación con otros, aunque la preocupación utilitaria deje ver todavía, aquí y allá, su verdadera naturaleza. Así ocurre cuando esos extensos cuadros se distribuyen en dos columnas paralelas, la de la izquierda (la más antigua) con las palabras sumerias, y la otra, agregada después, con sus equivalentes acadios, ala manera de diccionarios bilingües. La obra maestra del género, esbozada ya en el paso del III al II milenio, es una ambiciosa "enciclopedia" del mundo material de la naturaleza y la cultura, con veinticuatro tablillas y unas diez mil entradas como mínimo.<sup>21</sup> Todas estas obras son tan numerosas, tan sorprendentes,



tan características de la Mesopotamia que se creyó que había que atribuirle a esa región una "ciencia de las listas", expresión cándida y torpe en sí, por cuanto implicaría en aquellos a quienes se la aplica, una manía inocente o una curiosidad ingenua que no iría más allá de la enumeración, de la "colección" rudimentaria, cuando en realidad, reflexionando bien y aunque parezca imposible, se trata de un deseo auténtico de conocer, registrar, definir, situar, clasificar y comprender, que sólo la escritura hizo factible y promovió.

Sin duda, hay que ir más a fondo. En esas innovaciones —esa doble corriente arcaica, y luego tradicional, que acabamos de ver nacer y crecer, de las letras y de la búsqueda del saber— advertimos, si observamos más atentamente, que la práctica de la escritura, con todas las posibilidades de información, profundización y perfeccionamiento que aportaba a sus usuarios, desarrolló forzosamente en ellos disposiciones mentales especiales y originales. Las prerrogativas que siempre nos sorprenden a medida que estudiamos a este antiguo pueblo a través de sus respetables y ricos archivos son: su apertura al universo; su extraordinario apetito, no sólo de conocer sino de conocer con exactitud, adivinar cada cosa y ponerla en su lugar; su voluntad de examinar todo, prever todo, registrar todo, analizar todo, ordenar y clasificar todo con el objeto evidente de formarse, en la medida de sus recursos, una imagen auténtica y razonable del mundo para conocerlo más, aunque sólo fuese para aprovecharlo mejor y para esclavizarlo más y por último, su extraño "racionalismo", que le es tan particular y que todavía nos admira, por conscientes que seamos de lo distante que está con respecto al nuestro. La escritura y lo que sus usuarios aprendieron de su práctica asidua fue, sin duda, lo que más contribuyó a la adquisición y al arraigamiento de esas victorias intelectuales y culturales.

Podernos, por tanto, sin temeridad alguna, sostener que en la Mesopotamia la escritura favoreció y enriqueció la cultura extraordinariamente, no sólo al revelarle horizontes desconocidos y proporcionarle recursos inéditos y fecundos de aprendizaje, sino también —como veremos después más en detalle— al presidir la formación misma de una inteligencia nueva, de una óptica y una "mentalidad" propias de sus habitantes, en función de las cuales desarrollaron el patrimonio de su civilización superior, original, refinada y erudita.

## El "realismo" de los nombres

Queda un punto singular, menos explorado y conocido todavía, que merece sin embargo un examen detenido. No sólo descubrimos en él un nuevo territorio cultural, explotado gracias a la escritura y difundido por ella, sino también el excepcional impacto que ahí se revela de su principio radical: ideográfico, en la mente de sus usuarios, se podría esgrimir, sin mayor esfuerzo, como prueba indirecta de que la escritura había sido inventada realmente en esa región y por ellos; de lo contrario, ¿sería comprensible semejante entusiasmo, semejante influencia en su mentalidad?

Pues, evidentemente, se dejaron seducir en un principio por el carácter realista de su escritura en su estado original y, sin duda, por eso la respetaron y conservaron hasta tal punto que, como ya hemos dicho, sus posibilidades fonéticas, una vez descubiertas, les parecieron accesorias y complementarias.

Escribir, para ellos, significaba, en definitiva, hacer cosas (es decir, los dibujos formaban los signos de la escritura) que reproducían y reemplazaban las cosas (los objetos evocados por estos signos). Había, por consiguiente, entre significantes y significados, un vínculo estrecho, una identidad profunda, y todo sucedía en el ámbito de lo real; nosotros diríamos: de lo palpable. Esta evidencia les saltó a la vista desde un principio y —como acabo de recordarlo—, no sólo nunca se volvieron atrás, sino que de ella sacaron algunas aplicaciones originales, propias de su cultura. Tanto es así que lo articulaban a otra de sus convicciones viscerales: que el nombre de una cosa no era el epifenómeno arbitrario, el flatus vocis, según nuestra perspectiva, y su fuente no era, como nosotros lo creemos, la fantasía del que la nombraba, sino la misma cosa nombrada, de la que no era sino una derivación: sonora cuando se la pronunciaba, visible cuando se la escribía. En uno y otro caso, encerraba y materializaba el "destino" de la cosa en cuestión, como ellos decían, entendiéndolo por tal, en su teocentrismo, lo que nosotros llamaríamos su naturaleza: su constitución ordenada en su función y en su fin, tal como los dioses, autores de todo, la habían calculado, decidido y creado.

Para dar al menos una idea, al pasar, de lo que significaba e implicaba una noción tan realista del nombre pronunciado, bastará recordar que en los primeros versos del famoso Poema de la Creación (I: 1s),<sup>22</sup> para marcar la no existencia liminar del Cielo y de la Tierra, se nos dice sólo que "ellos no

habían sido nombrados"; que cuando se dice que los dioses "desde su más tierna infancia, han nombrado", a Asarhadón (680-669) "para asumir la dignidad real",<sup>23</sup> es porque verdaderamente habían hecho de él el soberano del país; y si se recomendaba a los sobrevivientes "pronunciar" de vez en cuando el "nombre" del difunto,<sup>24</sup> era, sin duda, para conservar su endeble existencia de fantasma...

El nombre escrito tiene, también él, sus virtualidades y sus resonancias, igualmente inesperadas y sorprendentes. Se manifiestan en un tipo original de exégesis de las palabras y de lógica del pensamiento que, simple quimera a nuestro entender, gozan para ellos de una autoridad indiscutida, sobre todo en contextos religiosos, en los que las cosas se rodean de un aura particular que marcó profundamente más de una de sus creaciones más brillantes. Se trataba, para comprender el sentido pleno de una palabra escrita, de analizar su composición, su acuñación silábica, otorgando a cada uno de los signos utilizados uno o varios de sus valores ideográficos, para descubrir así, por esos aspectos secretos de la realidad, liberados de su ganga, la naturaleza total, el destino de la cosa, que los dioses habían ocultado.

Una de las demostraciones más elocuentes de esta suerte de mayéutica verbal nos la da la famosa letanía de los "cincuenta nombres", al final del citado Poema de la Creación,<sup>25</sup> donde decía que, a su advenimiento al frente del Universo, el dios Marduk los había recibido supuestamente de la asamblea plenaria de sus congéneres y que, acumulados sobre su cabeza, debían hacer de él, incluso con respecto a sus semejantes, "una personalidad excepcional" (VII: 144). Estos "nombres", registrados primero, son seguidos cada uno de ellos de una especie de paráfrasis que hace resaltar sus prerrogativas respectivas, cuyo conjunto componía el destino sublime, la naturaleza eminentísima de Marduk. Veamos, por ejemplo, el undécimo de estos "nombres": Asari, del que, por lo demás, ya no sabemos bien el origen ni el sentido. Lo glosamos así:

"Donador de la agricultura,  
Creador de los cereales y del cáñamo,  
Fundador de la labranza de los campos,  
Productor de todo verdor."

Eruditos del I milenio se ocuparon, en un comentario,<sup>26</sup> de explicar en detalle de qué modo cada una de estas cuatro atribuciones estaba real y materialmente contenida en el nombre inscripto en su encabezamiento.

Asari, dicen, era silábicamente acuñable utilizando los signos A, SAR y RI. Ahora bien, entre su amplia constelación semántica, A remitía al "dibujo", en otras palabras, al "trazado de los surcos", a la "labranza" de los campos; SAR, a las "cereales", al "cáñamo", a las "hortalizas" y a su "producción": la "agricultura"; y, directa u oblicuamente, RI, a la "creación", la "fundación" y la "donación". Cada "nombre" encerraba así, de manera objetiva y perceptible, todo un mensaje sobrenatural que bastaba saber leer y descifrar, recurriendo ante todo a un conocimiento exhaustivo de la escritura en todas sus posibilidades de origen: todos los valores ideográficos encontrados a través de su expresión fonética. Por otro lado, se entendía que las palabras significadas de esa manera eran, en verdad, antológicamente, las cosas que ellas designaban, de las cuales demostraban de este modo la presencia real en el sujeto así nombrado.

Esta manera de ver y de razonar —reiterémoslo— debe sus raíces y su justificación al descubrimiento fundamental que en esa región dio origen a la escritura: la posibilidad de sustituir las cosas extramentales por las cosas dibujadas preservando su identidad y reemplazando cosas por palabras escritas. La escritura demuestra hasta qué punto los descubridores y los primeros usuarios del sistema quedaron desde el primer momento fascinados y marcados por su realismo; y se difundió y perpetuó, en todas partes, en la vieja cultura del terruño, proporcionándonos la clave de muchas de sus creaciones típicas que sin ella nos parecerían oscuras, arbitrarias o absurdas.

Es el caso, principalmente, de la adivinación a la que di el nombre de "deductiva", característica de la Mesopotamia donde parece haber gozado de un favor y de una autoridad poco comunes, si nos atenemos a la desmesurada cantidad de documentos que de ahí nos llegaron a más tardar desde los primeros tiempos del II milenio, hasta poco antes de nuestra era, a la muerte de esa civilización venerable.<sup>27</sup>

Veamos en primer término la doctrina esencial, tal como la podemos reconstituir a partir de una masa documental tan voluminosa. Del mismo modo que los escritores, al modelar sus caracteres, dan forma y consistencia a las cosas, como ya lo he explicado, los dioses, creadores y rectores de todo lo que aparece y se desarrolla en este mundo, "escriben", también ellos, al dar forma a los seres y acontecimientos que a diario producen. Su intervención continua en la rutina del mundo no es sino una serie de escritos, redactados sucesivamente: "escriben" en la bóveda celeste distribuyendo en ella, a su antojo, los astros cuyos movimientos

regulan según su fantasía: "escriben" en el vientre de las víctimas que sacrificarán, al disponer el aspecto y la presentación de las entrañas, que serán dejadas al descubierto y examinadas... Y estos mensajes, que redactan por todos lados, en todas las caras de la inmensa tablilla del mundo (aspectos y revoluciones de los astros; encuentros fortuitos de contingencias y calendario; particularidades de los nacimientos, de las fisonomías, de los caracteres y de la conducta; teatro de la naturaleza: geográfica, mineral, botánica y animal; situaciones de la vida onírica...) son todos ellos la expresión de verdaderas decisiones que tornaron con respecto a los hombres, a quienes por ese medio se las notifican: las grandes y pequeñas vueltas de la vida, las alegrías y las penas, la felicidad y las catástrofes que los individuos, los soberanos o los pueblos deben esperar. Cuando alguna de estas decisiones sólo se refiere a lo corriente, lo insignificante dentro de la lógica trivial de la "naturaleza" y el "destino" de cada uno, es decir, a la rutina diaria de su existencia, de nada sirve que los dioses la anuncien, puesto que es esperada. No se necesita ni se prevé entonces ninguna notificación de su parte; después de todo, haciendo, deshaciendo o dirigiendo las cosas, proceden como de costumbre, sin salir de lo habitual. Pero se salen de lo usual, de pronto, por poco que tengan que advertir acerca de una "sentencia" inesperada, insólita, buena o mala, que han dictado respecto de los interesados, modificando así su "destino". El contenido de estas decisiones imprevistas son los fenómenos anormales, sorprendentes, singulares, que, adivinatoriamente, toman así la calidad y el nombre de presagios: un cordero nacido con cinco patas; un hígado de animal con un tipo de cavidades insólitas; un hecho sobrevenido en tal o cual fecha; una tormenta que se desencadena en una época en que las precipitaciones son excepcionales; una deformación del rostro, o un tic, o un sueño particular; la presencia inesperada de un animal salvaje en un espacio socializado y otras cosas por el estilo, en cualquier orden de la naturaleza.

Estas contingencias insólitas o aberrantes constituyen precisamente los signos de su escritura. Los ideogramas utilizados y trazados por los dioses para redactar su advertencia llaman la atención —justamente por lo inesperado de esas contingencias—, en cuanto al hecho de algo que tienen que transmitir. Pero su código es especial y sólo pueden descifrarlo y leer la comunicación inscripta en el presagio: el oráculo, en lenguaje adivinatorio, técnicos expertos, también ellos con una amplia formación —"examinadores" (*bârû*) se decía en acadio—, que eran a un tiempo escrutadores y analistas de los fenómenos, del mismo modo que sólo los escribas experimentados eran capaces de leer la escritura de los hombres.

Este código escapa, en parte, a nuestra comprensión, separados como estamos, por una enorme ruptura histórica y cultural, de esa antigua civilización, de su "mentalidad" y de sus evidencias. Debía de ser más abierto, más acogedor, más sutil y más flexible de lo que podríamos imaginar. Sin embargo, lo que comprendemos a fuerza de "examinar atentamente" (¡también nosotros!, pero con una intención muy distinta) la infinita yuxtaposición de los presagios, minuciosamente clasificados, y de los oráculos que había que leer en esos extensos "tratados" adivinatorios, acumulados por centenares en nuestros documentos, nos demuestra que este código coincidía bastante con el de la hermenéutica "teológica" y más o menos esotérica antes explicada, y que, entre otras cosas, se había recurrido a los múltiples valores ideográficos de los "signos" materializados en los presagios, y en especial a los principios mismos de esta antigua y fundamental "escritura de cosas". Así pues, la presencia de "perforaciones" en el hígado del cordero abatido daba a entender que se tornaría alguna plaza fuerte mediante "trabajos de zapa"; la llegada de un "león" a la ciudad prometía, según los casos, una demostración de "superpotencia", de "tiranía", de "conquista" o de "hecatombe", como si el león hubiera sido el ideograma de todas estas nociones semánticamente afines; y todo lo que, en el objeto del presagio, era "largo", "prolongado", se debía interpretar, positivamente, como la "llegada a buen fin" de algún designio, del "éxito" de una empresa...

De todo lo expuesto, nada es inteligible, nada es sensato ni razonable, si no nos referimos al mecanismo de la escritura cuneiforme. Una vez comprendida y admitida esta dialéctica con sus presupuestos, sus implicaciones y sus leyes, todo resulta claro, todo es lógico. Y evaluamos, por eso, hasta qué punto su descubrimiento repercutió dondequiera y hasta el fin, en esa civilización inteligente y magnífica, cuya escritura no sólo es el más bello blasón, sino también y sobre todo, la mejor posibilidad.

## **Génesis de la abstracción**

Si quisiéramos, para terminar, sintetizar a lo esencial esta posibilidad y sacar a la luz el principal aporte de la escritura a la civilización mesopotámica y al alba de la nuestra, si quisiéramos medir el progreso

irreemplazable que gracias a ella realizaron nuestros viejos antepasados, tendríamos tal vez que reunir todo en una trayectoria única hacia una visión cada vez más elevada, alejada, más generalizadora: en una palabra, más abstracta, de las cosas de este mundo. Las grandes etapas de este brillante recorrido no son sino otras tantas gradas, que, en lo esencial, se han escalado en mil años como máximo, hasta alcanzar el dominio de un pensamiento cada vez más capaz de liberarse de lo inmediato, de lo singular, de lo concreto y de lo casual.

### **El alejamiento del amando**

El primero de estos avances se cumple con el dibujo de los artistas en pictograma. Un pintor, un grabador, un escultor, aun cuando soñaba o reproducía fastidiosamente, para satisfacer las necesidades de su clientela, motivos y escenas más o menos repetidos, dependía de un circuito que partía de la realidad inmediata y volvía a ella. Aunque copiara, embelleciera o transformara sus visiones o sus recuerdos, intentaba, al hacerlo, comunicar a los demás sus propias emociones frente a esos cuadros o a lo que ellos evocaban cuando —procedimiento inevitable, al menos en el campo de la representación de lo sobrenatural— dibujaba símbolos. Mediante el diseño de esa ánfora, esa casa, ese dios, no cabía duda de que eran esas realidades las que quería designar para quienquiera que viera y comprendiera su obra. Así pues, al delinear el motivo tan conocido de la gavilla de cañas, atada y doblada: (𒂗), materia prima de la arquitectura en aquellos tiempos, quería remitir, no ya a cualquier construcción o casa, a cualquier "casa de dios" (ése era entonces el nombre del templo), a cualquier ocupante sobrenatural de ese templo, sino a la gran diosa Inanna, ama y residente en el santuario más famoso antiguamente en la región, en Uruk, y personalidad eminente del mundo divino. Pero a partir del momento en que este dibujo fue pictográfico, es decir, elegido, uniformado y catalogado en un sistema que pretendía comunicar con imágenes todos los mensajes y no ya uno solo, se despojó de todo aquello que podía conservar de individualizante y adquirió un carácter plurivalente, un alcance más general; no representó más el único objeto del que había sido tomado, sino su categoría: no la única ocupante del gran templo de Uruk, sino la diosa Inanna como tal y en cualquier situación que fuese. Hacer, en pictografía, el

croquis de un pez, de una cabeza de vaca, de un triángulo pubiano femenino, no era ya, como en el arte, tratar de evocar ese pez, esa vaca o esa mujer, sino cualquier pez, vaca o mujer, reconocibles en el solo esquema de su perfil esbozado o sugerido, y relacionado por eso con el mismo grupo. Cada pictograma remitía pues potencialmente, no a un espécimen, como tal, sino a un conjunto al cual pertenecía; no a un individuo, sino a la clase, la especie o el género en que se inscribía.




A estas alturas, aunque la pictografía sólo tuviera que ver directamente con las cosas y no con las palabras, tal como lo he señalado antes, la escritura, en su primerísimo estado, se hallaba en la misma situación que la lengua: porque las palabras "pez", "vaca" y "mujer", al igual que sus pictogramas, tenían ya un carácter general, refiriéndose no a individuos, que son lo único real y palpable en este mundo, sino a esa creación del espíritu que es una categoría.

Al "pasar" a la ideografía —aun cuando, de hecho, no había habido entre ellas ni el menor intervalo, puesto que sólo estaba separada de la pictografía por una distinción de función—, la escritura hizo que sus usuarios avanzaran seriamente sobre la lengua, refiriéndonos siempre al único mecanismo del espíritu que aquí nos interesa. El pictograma, en su origen dibujo del natural, perdió su especialización categorial para pasar a ser el centro de gravedad de una constelación semántica de objetos. Cada uno de esos objetos remitía, es verdad, a todo un grupo, pero no tenían entre sí nada en común salvo la luz, directa o indirecta, que sobre ellos proyectaba su sol, el signo, relacionados unos con otros por un vínculo multiforme y tanto más sutil cuanto que no era necesariamente natural y evidente, sino que podía ser convencional y basado en correspondencias y analogías más o menos alejadas y tenues. ¿No seguía existiendo allí una operación mental más abstractiva que la que había consistido, en su totalidad, en apartar las connotaciones individuales favoreciendo únicamente las específicas? Relacionar sistemáticamente el carácter del "pie" con todas las actividades y actitudes en las que este órgano desempeñaba un papel esencial: postura de pie, deambular, transportar, etc. era, realmente, elevarse a una visión más despojada y más general, puesto que de la categoría, evocada por el contorno del signo, de "extremidad inferior del cuerpo", pasaba al estadio —más alejado aún de lo real observable— de simple "factor de estabilidad y de movimiento local". Ahora bien, era necesario que así se lo percibiera, aun de manera confusa, porque en ese sentido se lo utilizaba en el sistema ideográfico. Y se requería una actividad del espíritu, igualmente seria, para hacer que el



croquis de la "espiga", más allá de una determinada especie de cereal, más allá incluso de los cereales en general, pudiera evocar, al fin de cuentas, todas las actividades impuestas por la producción de cereales.

Con el fonetismo, el signo de escritura se apartó más aún de la realidad inmediata. Este dibujo, que se relacionaba primero, por cualquier medio que fuese, con una cosa cualquiera, evocaba ahora un simple sonido, un fonema, que no tenía otra consistencia sino la de representar uno de los componentes fónicos de una palabra, creación del espíritu para designar una cosa. ¿No era éste otro gran avance hacia un despojamiento más profundo todavía, hacia un nuevo grado de abstracción superado? Seguramente, ya lo he comentado, el fonetismo permaneció en un principio, durante mucho tiempo quizás, como un pariente pobre a juicio de los usuarios de la escritura, fascinados siempre por las posibilidades primordiales que ésta tenía de orientarse directamente hacia las cosas y reemplazarlas. No por eso se dejó de practicar, cada vez con mayor eficacia, y tuvo, por tanto, oportunidad de habituar a las personas a una actitud más abstractiva aún.

Dicho sea de paso —esta vez en un aspecto meramente formal—, el mismo resultado se obtuvo con la cuneiformización de los signos en el curso de los siglos que siguieron a la introducción de la escritura. En un primer momento lineales, trazados con un buril sobre una superficie por lo general de arcilla y adecuada por tanto para reproducir con bastante fidelidad los contornos de su modelo, se advirtió muy pronto que sería más cómodo imprimirlos con caña biselada en el mismo material, lo que obligaba, sobre todo, a descomponer todas las curvas en rectas ligeramente ensanchadas en forma de "clavos" o de "cuñas" por efecto de la presión de la arista impresora y favorecía entonces una deformación cada vez más acentuada, tal como sucedió en China, a partir de fines del siglo III, con el uso del pincel. Así perfilados, los caracteres perdieron rápidamente todo parecido, aun lejano, con su patrón, y muy pronto fueron modificados y deformados. De ese modo, croquis que todavía eran lo bastante evocadores, pasaron a ser meros trazados arbitrarios, dibujos "abstractos", como diríamos nosotros. Tanto más cuanto que la comodidad de la manipulación, o alguna otra razón oscura, a partir de la segunda mitad del III milenio a más tardar, hizo modificar la orientación de la tablilla sostenida con la mano para inscribir y dio así una nueva orientación a los viejos dibujos, que perdieron incluso su presentación natural ¿Cómo pensar entonces en el pez o en cualquier otra cosa, cuando lo que se tenía a la vista, no era ya (  ), sino (  ), y hasta dónde (  ) podía evocar la "cabeza"?

## De la calidad a la cantidad

En la historia antigua de esa región, y de otras, si bien no siempre podemos establecer y evaluar exactamente las causalidades y los impactos de un fenómeno en otro, nos es dado, al menos, comprobar sus logros y conjeturar a través de ellos oscuras relaciones recíprocas. Es asombroso que durante la primera mitad del III milenio, alrededor del año 2700 a más tardar, es decir, apenas unos pocos siglos después de la aparición de la escritura, se perfilara ya en la Mesopotamia del Sur, en el área económica, una transformación importante, que iba también de lo concreto a lo abstracto. Nos referimos al profundo cambio experimentado por la noción de valor y, en consecuencia, a la introducción de la "moneda". En particular, algunos contratos de compraventa de bienes raíces que nos quedan de aquella época nos advierten con toda claridad que estaban pasando de una noción cualitativa a una cuantitativa del valor.<sup>28</sup> En efecto, estos contratos prevén, para la adquisición, tres tipos de pagos del comprador: el "precio" y el "complemento", entregados al vendedor, y los "regalos", a los testigos y garantes de la transacción. El precio se estimaba en función de un patrón único y universal del valor: una "moneda" —de cobre primero, y luego de plata—, cuyo uso reemplazaba poco a poco el trueque primitivo, la compensación "en especie" (de preferencia granos que se pudieran sembrar y consumir). El "complemento" nada tenía de esta lógica: imposible comprender sobre qué base se lo fijaba y, además, ¡era a veces, muy superior al "precio" en sí! En realidad, como lo comprendió muy bien E. Cassin,<sup>29</sup> se trataba de vestigios que iban desapareciendo, de una suerte de economía de "potlatch", según la cual un bien de cierta importancia no se "compraba" a su poseedor, sino que se le quitaba después de una lucha encarnizada: se lo conquistaba en un verdadero combate, cuya arma principal era la largueza, la generosidad, el fausto. Cuanto más se daba, más seguro se estaba de la victoria, que consistía en la adquisición, pero también en el prestigio social. Y el mismo móvil ostentador explicaba también la insólita munificencia de los "regalos". Estos son los datos que nos permiten ver con claridad la evolución: de un sentimiento cualitativo del valor de las cosas, y cada una con el suyo propio, inigualable, incomparable, que dependía ante todo de sus vínculos con el poseedor y de la importancia que este último le daba, tanto que no era cuestión de buscarle o encontrarle un "equivalente" cualquiera para ofrecerlo a cambio sino que había que iniciar una auténtica competencia de liberalidad y largueza para obtenerlo "con violencia". Mediante esa especie de triunfo sobre el primer propietario, se pasaba a una noción cuantitativa según la

cual un patrón único —cuyo valor real era, en definitiva, producto de lo convenido y de la aceptación colectiva— podía conmensurar y servir para determinar el "equivalente" de cualquier cosa, es decir, su "precio": mensurable, cuantificable, objetivo. El valor cualitativo estaba ligado a los objetos, concreto e incomparable cada uno de ellos, en su estado individual, hic et nunc. El valor cuantitativo, el "precio", tenía algo de genérico, de aplicable a todo, de inmaterial: era independiente de las realidades palpables, fijado, fuera de esas realidades y de sus vínculos con sus poseedores, mediante un convenio público; en una palabra, algo más abstracto.

Nada nos permite atribuir esta revolución a la acción directa de la escritura. Esto no quita que no la veamos perfilarse y concretarse pocos siglos después de su nacimiento, en el momento en que constatamos que ya había comenzado, por etapas sucesivas, a acostumbrar a los hombres a liberarse de lo concreto y de lo individual, siguiendo la evolución de la gran renovación mental provocada por esa escritura.

### **Adivinación y deducción**

En cambio —estamos convencidos—, no hay discusión posible con respecto a esa otra cuestión del nacimiento y el enriquecimiento de la doble tradición, literaria y científica, inaugurada tan temprano en la Mesopotamia, que constituye su gloria y que, sin duda, hay que atribuir a la escritura. Ha llegado el momento de observar las cosas con algo más de atención y, pensando principalmente en los hábitos de la mente, en los recorridos del conocimiento y del saber que actualmente nos ocupan, preguntarnos en qué medida y cómo esta escritura logró modificar la óptica desde la que se miran las cosas y adaptarla para que se las discierna mejor y se las profundice más.

La sola existencia, probada por la cantidad de documentos elaborados y sucesivos, de una verdadera literatura "científica" a partir de los primeros siglos del II milenio, durante algo más de mil años después de los primeros documentos escritos, da que pensar.

En el estado actual de nuestros hallazgos, sólo contamos por ahora —sin mencionar las constantes investigaciones iniciadas hace ya mucho tiempo para confeccionar un tipo de inventario clasificado y razonado del universo— con la jurisprudencia, la matemática (aritmética, geometría y álgebra, increíblemente desarrolladas) y la adivinación "deductiva". Esos documentos no aparecieron de una sola vez: presuponen un gran impulso secular de curiosidad, búsquedas, enseñanzas, reflexiones (al menos en estos campos) cuyos testimonios anteriores directos o indirectos, elaborados o rudimentarios nos exponemos a exhumar algún día. Pero ¿de qué época serán? porque "en historia, siempre hay algo antes"... Lo mismo cabe decir de las otras ramas del saber de las que por ahora sólo hay pruebas de que existieron en esa región un poco más adelante: la medicina diagnóstica y la astronomía, en especial a partir de la segunda mitad del II milenio.

Si no nos conformamos con el asombro frente a estos resultados notorios de la instauración del sistema escrito y queremos tratar de valorar el aguzamiento de la visión que le es atribuible e hizo posibles y fructuosas esas reflexiones y esas indagaciones, atengámonos por el momento a la adivinación "deductiva", cuyos testimonios tienen la doble ventaja de ser sumamente ricos y de haber llegado a nosotros en la debida forma: en forma articulada y lógica, mostrándonos así, por sus resultados, todas las operaciones de la inteligencia, todo el funcionamiento del mecanismo que conducía y coordinaba esas investigaciones. La adivinación, tal como es —esto no se discute—, está excluida, en nuestro sistema, del conocimiento científico, por poco que se quiera conservar el carácter esencial de certidumbre debidamente adquirida y controlable que posee esta palabra. Pero a los ojos del historiador, lo que cuenta no es nuestro veredicto, sino el hecho manifiesto de que para sus creadores y sus iniciados representaba realmente una actividad científica.

En primer lugar por su certidumbre, basándose su infalibilidad en la convicción de que gracias a su notación escrita, sus conclusiones (los oráculos) estaban real y materialmente incluidas en sus premisas (los presagios) de las que, como ya hemos visto, podíamos sacarlas, extraerlas, "deducirlas" mediante una simple lectura, un simple método lógico, valedero dondequiera que fuere, siempre y para todos. El hecho de que un hombre en cuyo pecho el vello formaba "rulos hacia arriba" estuviera "destinado a la servidumbre"; de que la luna, "demorada en el cielo el día de su desaparición", al terminar el mes (lunar), anunciara "sequía y hambruna"; y que un caballo que había "entrado a una casa" para "morder a un asno o a

una persona" hiciera temer "la muerte del jefe de familia y la ruina de su hogar", no eran en modo alguno anécdotas o accidentes, eran conclusiones válidas para siempre. De esta manera, la adivinación excedía el orden de lo contingente y lo fortuito para acceder a lo necesario y a una especie de absoluta.

La adivinación representaba también esa actividad científica por su búsqueda obstinada de una visión más elevada, que dejaba en la vaguedad la dispersión material de los individuos y de las situaciones concretas. Ante todo —ya lo he sugerido—, había dado lugar a un esfuerzo extraordinario de clasificación, en todas las escalas, del fárrago de la naturaleza toda, desde los astros y meteoros hasta el hombre en su completa existencia, desde su salida del seno materno, y en toda su vida tanto onírica como diurna, pasando por el inundo material en su totalidad. Cada uno de los objetos de una agrupación tan gigantesca, no sólo había sido puesto en su lugar, clasificado y subclasificado, sino también examinado y desmenuzado todas sus variantes anormales, lo que suponía un recuento claro y completo de las normales., Más aún: los autores de estos admirables "tratados" adivinatorios en forma de catálogos iban mucho más allá de lo comprobado, de lo observable, para hacer una intrusión en coyunturas desconocidas e imaginarias: ¡la existencia, en un mismo hígado, de dos, tres y hasta siete vesículas biliares o el nacimiento, en una sola carnada, de seis, siete e incluso ocho y nueve cachorros! Nosotros, en nombre de nuestras leyes físicas y biológicas, sabemos que son quiméricas; no lo eran para ellos, que entendían que sólo la ley de la naturaleza toda era el albedrío soberano de los dioses, con un poder sin límites. Si sentían la necesidad de extender su mirada, en estos tratados eruditos, hasta llegar a esas visiones fantásticas y folklóricas, era porque se proponían "pensar en todo" y porque, dejando de lado lo comprobado, lo cotidiano, lo singular y lo concreto, querían alcanzar una visión panorámica del objeto de sus investigaciones; querían alcanzarlo universal.

La adivinación encarnaba esa actividad, en fin, por sus conclusiones mismas: los oráculos. Entre los antiguos tratados —que eran, principalmente, vestigios de un estadio preparatorio y obligado de empirismo, durante el cual, antes de construir como "ciencia" la disciplina adivinatoria, había sido necesario observar por largo tiempo las secuencias de acontecimientos y establecer vínculos entre ellos, considerando que unos eran el anuncio de otros—,<sup>30</sup> se encuentran a menudo predicciones circunstanciadas, como la conclusión que se sacaba de una determinada presentación del hígado: "La esposa del consultante incendiará su casa,

prendiendo fuego a su lecho." Una situación tan particularizada como ésta no era necesaria en una disciplina que se jactaba de prever todas las coyunturas y ser aplicable a todos los consultantes: sólo conservaba su lugar a costa de la decantación obligatoria e implícita de todos sus datos concretos para que sólo subsistiera un valor general de exponente positivo o negativo, una especie de respuesta por "sí" o por "no" a la pregunta precisa, explícita o latente, formulada al adivino. Con el tiempo, el resultado de esta reducción se revela con toda claridad cuando, en la redacción más reciente de los "tratados", los oráculos aparecen reducidos, justamente, a estas fórmulas que sirven para todo, "abstractas" y válidas para todos: "éxito previsto" o "fracaso", "pronóstico favorable" o "desfavorable", etcétera.

En todos estos niveles, como vemos, la disciplina adivinatoria sólo tiene sentido si se advierte su esfuerzo tenaz para sacar las cosas de su estricta sujeción existencial e individualizada, para despojarlas, para liberar las cosas de sus ataduras a la existencia y la individualidad: en suma, para despojarlas de su viejo atavío extramental y sublimarlas, reunir las, según sus rasgos comunes, bajo representaciones y palabras con las cuales se podía operar inmediatamente, abocarse a disecciones, análisis, reflexiones, acercamientos, razonamientos, que hacían avanzar el conocimiento del todo, mediante puras operaciones del espíritu.

Para convencernos de estos sorprendentes progresos en la consideración, estudio e inteligencia de las cosas, cuya fuente común explícita es la invención y el uso de la escritura cuneiforme, la elección de la adivinación "deductiva", en lugar de otra disciplina "científica" igualmente en boga entonces en la región, tiene otra ventaja: su carácter fútil, a nuestros ojos, nos permite aislar mejor y destacar lo que había en ella de sólido y de adquirido una vez por todas: su estructura lógica, inatacable, cualquiera fuera la inverosimilitud de las conclusiones que hiciera extraer; algo así como esas matemáticas no euclidianas, de razonamientos rigurosos a pesar de los postulados ficticios.

Constituida en lo esencial desde el primer tercio del II milenio, con desarrollos ulteriores, por cierto, pero secundarios, tenemos en Mesopotamia no sólo una disciplina del espíritu, resultado de amplias e infinitas investigaciones y meditaciones, individuales y puestas en común, que no habrían sido imaginables sin el auxilio de textos, y tanto más fructíferas cuanto que era posible volver sobre esos documentos, en cualquier circunstancia, y consignar y acumular reflexiones, correcciones, añadidos y progresos pertinentes; pero también una disciplina que se había

asignado y delimitado un objeto global, que no ha dejado de desmenuzarse, para comprenderlo cada vez más cabalmente, después de haber adquirido los medios de asegurarse un conocimiento irreprochable, irrecusable, desvinculado de lo individual y lo casual, para retener sólo el fondo suficientemente abstracto y necesario. Esto es verdad para la adivinación, pero lo mismo podría decirse de las demás especializaciones "científicas" entonces vigentes.

Los griegos, por lo demás, conscientes de haber "tomado prestado de los bárbaros" (Epinomis, 987e-988a), y de los "bárbaros" de Babilonia, tienen pues la suerte de no haber partido de cero, como al parecer suele creerse con conmovedora ingenuidad cuando, llevando las cosas más lejos aún, construyeron lo que todavía es para nosotros la sólida base del conocimiento científico, del espíritu científico, de la ciencia... Si pudieron progresar de ese modo, fue, al fin de cuentas, porque llegaron mucho más lejos aún en el camino de la abstracción: llegaron al concepto y a la ley, tal como son, formalmente y a sabiendas. Estas palabras ni siquiera tienen su equivalente en acadio, ni tampoco en sumerio: los viejos sabios de la Mesopotamia no tenían pues, de ellas, la noción exacta y meditada, sino, como máximo, lo que podemos llamar la sensación, la intuición, el reflejo adquirido, como se lo tiene de las entidades y de los principios aritméticos por el solo hecho de haber aprendido de memoria las tablas de sumar y de multiplicar y haberse acostumbrado a sumar y multiplicar sin errores, o como se tiene el sentido, el instinto de lo que hay que hacer, o no hacer, en una cultura de derecho no escrito.

A esta altura de las cosas, nos preguntaremos por qué esos sabios se quedaron a mitad de camino, pregunta un poco ingenua si se considera la cantidad de factores en juego, que en su mayoría se nos escapan. Pero después de lo que acabamos de leer, ¿quién nos culpará si no podemos dejar de volver una vez más a esta indispensable herramienta del trabajo intelectual que es la escritura? Comparado con el alfabeto, la última palabra del progreso y la abstracción en la materia puesto que llegó hasta los últimos elementos de la fonética, el sistema cuneiforme, al que permanecieron fieles hasta el final los viejos abanderados de la civilización mesopotámica, ¿acaso no se había quedado también en el camino, con su pesada ideografía persistente y su silabario todavía tan denso?

Incluso después de este largo discurso, sería exagerado, y por tanto intrascendente, proclamar que en la Mesopotamia la escritura habría sido la creadora de la cultura; no sólo porque siempre es peligroso y necio, en las

cuestiones humanas, reducir todo a una causa única, sino también y sobre todo, porque sería olvidar la infinita competencia de la técnica, tan avanzada y tan cardinal en esa región desde su prehistoria, y olvidar tantos otros datos: costumbres y maneras de vivir; gustos, preferencias y rechazos; actitudes sociales y jerarquía de los valores; modos de ver las cosas y axiomas de la inteligencia; inclinaciones y sensibilidades y hasta instituciones, muy anteriores a la escritura, que han contribuido todas, como por un gigantesco paralelogramo de fuerzas, a poner en movimiento la civilización siguiendo un eje determinado. Todo esto sin hablar de los hábitos que adquieren los pueblos a lo largo del tiempo, de las conductas que asumen o dejan de lado a merced de los hitos de su historia y del envejecimiento de su vida, y hasta de las influencias e importaciones del exterior, es decir, todos esos tesoros y esos enriquecimientos o esos abandonos que componen la prodigiosa panoplia de la cultura. Vista desde esta perspectiva, la escritura, en definitiva, no es, en ese país innovador, sino uno de los accidentes de la cultura, un accidente capital, pero un accidente al fin. Con todo, no podemos negar que su nacimiento desencadenó allí una conmoción profunda, que no sólo trastrocó y remodeló bruscamente, como un sismo, la configuración de las mentalidades, sino que fue repercutiendo de era en era, provocando una serie interminable de transformaciones e innovaciones incorporadas más o menos rápidamente a la tradición cultural, a la que confirieron su matiz propio. De este aspecto de la civilización, vasto y decisivo, sólo la escritura nos da la clave. No estoy seguro de poder decir lo mismo de muchos otros pueblos.



## Notas

1. Las fechas que se citan en el presente artículo corresponden a antes de nuestra era. Para distinguirlos con mayor claridad, los términos sumerios están en mayúsculas itálicas, y los acadios en minúsculas.
2. Véase en especial *The Domestication of the Savage Mind*. Cambridge, 1977; traducido en francés en 1979, bajo el título *La Raison graphique*, París; también, *Literacy in Traditional Societies*, Cambridge, 1968, y *La Logique de l'écriture*, París, 1986.
3. J. Bottéro: *Mésopotamie: l'écriture, la raison et les dieux*. París, 1987.
4. Véase infra, p. 34.
5. J. Bottéro: *Mésopotamie...*, p. 89 ss.
6. Por ejemplo, B. L. Goff: *Symbols of Prehistoric Mesopotamia*. New Haven, 1963, *passim*.
7. M. Brandes: "Modelage et imprimerie aux débuts de l'écriture en Mésopotamie", *Akkadika*, nº 18, 1980, p. 1 ss.
8. " Surnériens et `Accadiens' en Mésopotamie ancienne", *Modes de contact et processus de transformation dans les sociétés anciennes*. Pisa-Roma, 1983, p. 7 as.
9. A. Falkenstein: *Archaische Texte aus Uruk*. Berlín, 1956, y M. W. Green-H. J. Nissen: *Zeichenliste der archaischen Texte aus Uruk*. Berlín, 1987.
10. Por lo menos algunos de estos dibujos enigmáticos han podido inspirarse en esas fichas de cálculo mencionadas más arriba.
11. R. D. Biggs: *Inscriptions from Tell Ably Salabikh*. Chicago, 1974.
12. Así, por un lado, A. W. Sjöberg y E. Bergmann: *The Collection of the Sumerian Temple Hymns*. Nueva York, 1969; y, por el otro, B. A. Alster: *The Instructions of Suruppak*. Copenhagen, 1974.

13. Véase, sobre este punto, M. Krebernik: Die Beschwörungen aus Fara toad Ebla. Hildesheim-Zurich-Nueva York, 1984. Nadie se ha dedicado aún a los muy oscuros fragmentos mitológicos.
14. J. Bottéro y S. hl. Kramer: Lorsque les dieux faisaient l'homme. Mythologie mésopotamienne. París, 1989, p. 339 ss.
15. Id., p. 527 ss.
16. Última traducción seria en francés por R. Labat, Religions du Proche-Orient asiatique. París, 1970, p. 145 ss.
17. Lorsque les dieux faisaient l'homme..., p. 602 ss.
18. Ib. p. 680 ss.
19. R. D. Biggs (op. cit. nota 11), p. 62 ss.
20. A. Falkenstein (op. cit. nota 9), p. 43 ss.
21. Publicada por B. Landsberger: Materialien zurre sumerischen Lexikon - Materials for the Sumerian Lexicon. Roma, 1957-1974, tomos V-XI.
22. Lorsque les dieux faisaient l'homme..., p. 604.
23. R. Borger. Die Inschriften Asarhaddons....Graz, 1956, p. 39 ss., parág. 27: 5-7.
24. Mésopotamie..., p. 339.
25. Lorsque les dieux faisaient l'homme..., p. 664 ss y 668 ss.
26. "Les noms de Marduk, l'écriture et la logique' en Mésopotamie ancienne", Essays on. the Ancien Near East in Memory of J. J. Finkelstein, Hamden, 1977, p. 5 ss.; reimpresso y resumido en J. Bottéro: Mésopotamie..., p. 113 ss.
27. J. Bottéro: "Symptômes, signes, écritures en Mésopotamie ancienne" en J.-P Vernant et al., Divination et rationalité. París, 1974, p. 70 ss.

28. Annuaire 1970-1971 de la IV<sup>e</sup> Section de l'École pratique des Hautes Etudes. París, 1971, p. 87 ss.
29. "Symboles de cession immobilière dans l'ancien droit mésopotamien", L'Année sociologique, 1952, París, 1955, p. 140 ss, reimpresso en Le semblable et le différent, París, 1987, p. 315 ss.
30. Divination et rationalité, nota 27, p. 144 ss.